

Guerra y paz en la aldea mediática. Retos de la ciudadanía para una nueva cultura de paz

Francisco SIERRA CABALLERO

Pensar la comunicación en épocas como la actual, marcada por los conflictos asimétricos y las guerras encubiertas, constituye sin duda, para la investigación en comunicación, más que un ejercicio intelectual de coyuntura una responsabilidad y un compromiso estratégico. Los estudios sobre propaganda de guerra y la cobertura informativa de conflictos no tienen, sin embargo, en el campo académico iberoamericano la tradición que merecieran, considerando la importancia que han adquirido algunos conflictos político-militares en países como Chile y Colombia o tragedias como las guerras civiles en regiones de Centroamérica, por no mencionar el caso de España, cuyo papel en las relaciones internacionales el último cuarto de siglo bien mereciera un análisis exhaustivo del tratamiento mediático de guerras globales como la de Kosovo. Mientras redactamos este editorial América latina vuelve a repetir en Honduras su historia militar golpista confrontando relatos y versiones dispares en la guerra de propaganda que hoy mediatiza toda forma de resolución política de los intereses socioeconómicos antagónicos. Pero algunos colegas de la academia iberoamericana siguen pensando que la comunicación, la política y la guerra es tiempo del pasado en la era de la cultura digital. Salvo comunidades científicas como la colombiana, por obvias razones, el estudio del fenómeno de la propaganda de guerra ha sido, desde la II Guerra Mundial paulatinamente relegado en la agenda de investigación, pese al incremento de los conflictos y guerras mal llamadas periféricas.

De la escasa producción científica en la materia, cabe por ejemplo apenas mencionar la labor en España de la Asociación de Historiadores de la Comunicación, que viene promoviendo diversos esfuerzos de sistematización sobre la Historia de la Propaganda. La mayoría de las facultades y centros universitarios de investigación en comunicación han venido desarrollando sus estudios con materias afines al tema objeto del número central de Redes.com sin que, por el contrario, se haya impulsado de la misma manera la investigación académica sobre el manejo de los medios y las experiencias de uso de la propaganda y la guerra psicológica en conflictos contemporáneos. No deja de resultar paradójico. Una ciencia que nace como investigación aplicada al servicio de la propaganda de los estados en sus contiendas internacionales, que adquiere rango universitario con las exitosas investigaciones de Lasswell, Lazarsfeld y Lowenthal en Estados Unidos, o Dovifat en Alemania, hoy por hoy ha renunciado a pensar y discutir críticamente las lógicas de mediación del espacio público.

Por ello mismo, la dirección de la revista ha estimado oportuno dedicar un número monográfico a esta materia, lamentablemente de viva actualidad y de la máxima relevancia posible como problema de investigación, pues en el fondo las cuestiones relativas al uso de la información como recurso persuasivo en conflictos bélicos plantea dilemas fundamentales sobre la comunicación y la democracia, sobre la propia naturaleza del espacio o esfera pública y el papel de la ciudadanía en la reproducción del Estado y los dispositivos de soberanía y poder

en las relaciones imperiales. Más allá aún, tal objeto de estudio cuestiona y apunta al núcleo mismo de la investigación social, al sentido de la modernidad y la comunicación que nos produce como ámbito de reconstrucción del sujeto social. Con matices, claro está. Pues, en modo alguno, asumimos plenamente las tesis del profesor alemán, Jörg Becker, al tratar las complejas relaciones entre sociedad y tecnología, entre la dialéctica de la comunicación y el proceso de desarrollo cultural.

En una de sus últimas obras, el problema de la paz y los conflictos es abordado por el autor desde una visión contextual respecto a los problemas de acceso, control y poder en el sistema internacional, analizando las dimensiones estructurales de la violencia sistémica de una organización de la comunicación mundial asimétrica, sostenida por brechas aparentemente insalvables de distribución del conocimiento socialmente necesario para el desarrollo y la autonomía cultural de los países. En esta línea al proceder a la revisión crítica de la comunicología alemana y las concepciones idealistas sobre Internet y las nuevas tecnologías de la información (NTIC), Becker disecciona los discursos públicos y las bases epistemológicas del “sentido común” sobre la “galaxia Internet” para recuperar el espíritu constituyente del Informe McBride a partir de una pormenorizada discusión sobre las estructuras internacionales de la comunicación-mundo y los resultados del impacto de las tecnologías informativas en los países del sur. Su aportación bien merece una lectura atenta confrontando la dinámica de guerras y campañas de persuasión global con los debates históricos promovidos en torno al NOMIC abandonado por la UNESCO y la propia Asociación Internacional de Investigación en Comunicación (IAMCR), cuya agenda ha sido notoriamente desprovista en los años noventa de una visión crítica y políticamente significativa. Como resultado de esta renuncia del pensamiento al necesario criticismo, y en el marco del sistema internacional derivado de la posguerra fría, se han impuesto como lógicas dominantes la comercialización y privatización de la cultura, la ruptura de los tabúes culturales autóctonos de las culturas periféricas, la marginación y el neocolonialismo de numerosos países y regiones, además de la segmentación y control de los mercados nacionales de los países del tercer mundo, generando nuevos conflictos que afectan dramáticamente a las relaciones culturales, al control de los recursos estratégicos para el desarrollo y a la regulación de las necesidades sociales, fuente, naturalmente, de conflictos como los que atenazan a Oriente Próximo, África y, en menor medida, Latinoamérica.

En este sentido, de acuerdo con Becker, el campo académico de la Comunicación debería replantearse seriamente el papel de la comunicación y de las políticas de transferencia tecnológica y de datos, cuando menos deberíamos pararnos a pensar, al servicio de la ciudadanía y la cultura de paz, qué consecuencias tiene una investigación poco o nada atenta a los conflictos latentes entre la UE y EE.UU por el dominio de los flujos de información, o en qué sentido podemos hablar de un modelo europeo de sociedad de la información si los principales actores transnacionales de la industria telemática están participados por los intereses estratégicos de la industria estadounidense y el complejo militar del Pentágono, lo que contradice el discurso y visiones optimistas sobre la “esfera pública comunitaria” de la cumbre de Lisboa en la medida que las redes telemáticas están subvirtiendo la democracia al favorecer los gobiernos del centro del sistema internacional de información el control de las redes a través de programas como Echelon que amplían los sistemas de vigilancia y dominio del espacio privado de la comunicación; mientras la instrumentación mercadológica de la democracia digital en los procesos de elección vacía de contenido público la participación ciudadana. Desde luego el diagnóstico del profesor Becker es demoledor, pero sí uno analiza la historia de la Propaganda la tesis de

Mattelart sobre la comunicación moderna como máquina de guerra no deja de ser verificada a la luz de la evolución de los medios y tecnologías infocomunicacionales.

Si analizamos, por ejemplo, el papel de la prensa en la democracia moderna, observamos que el periodismo, lejos de asumir un rol activo en defensa de la paz, ha actuado, con honrosas excepciones, de puente de plata o ariete para los intereses imperiales de expansión de las grandes compañías transnacionales. Y en esta función pública la propaganda de guerra se ha retroalimentado del discurso racista y etnocéntrico dominante, no solo en Sudáfrica o el continente negro. Véase por ejemplo los análisis sobre el discurso periodístico y la reproducción de estereotipos negativos contra el pueblo árabe. Los análisis de la cobertura de la primera guerra del Golfo (1991), o más recientemente la invasión y cerco de los territorios ocupados de Gaza y Cisjordania manifiesta la virulencia del papel de los medios impresos en la reproducción de la ideología dominante que alimenta y surge de la producción de la cultura orientalista (Said dixit) prefabricada en los textos escolares y reforzada con las estrategias neocolonialistas según una lógica que acentúa las formas de antagonismo con la que se justifica y proyecta la voluntad de poder y explotación de las que fueron por décadas, y en algunos casos siglos, antiguas colonias.

En definitiva, el desarrollo de la comunicación moderna ha sido más bien contrario a la promoción de los valores de la cultura de paz, gobernada cómo ha estado históricamente por los intereses de la explotación y la guerra. Más allá del idealismo de autores como Ithiel de Sola Pool que piensan, como McLuhan, en la globalización como la reinención tecnológicamente mediatizada del sueño kantiano de la *pax* universal, en los próximos años es previsible, por la crisis cíclica de acumulación del capitalismo, la emergencia de numerosos conflictos en la comunicación internacional con el despliegue de las redes telemáticas y el cambio social introducido por las nuevas formas de *producción informada*. Entre otras contradicciones, Jörg Becker destaca las tensiones entre procesos de globalización y soberanía nacional, las contradicciones entre diferentes sectores del capital —por ejemplo, entre el capital financiero y el industrial tal y como se observa en las turbulencia de los productos tóxicos que han contaminado los flujos de capital en todo el mundo—, con el resultado de mayores desequilibrios y conflictividad social.

Ante este explosivo escenario de transformaciones globales en los que se viene intensificando el uso propagandístico de la comunicación por la proliferación de conflictos locales, sólo la democratización a todos los niveles puede garantizar, como ya se argumentara en el Informe McBride, una función pacificadora de la comunicación. De ahí que la investigación académica deba, a nuestro juicio, dar un giro hacia un análisis de las comunicaciones desde un punto de vista de la prevención, tal y como en España algunos colegas vienen planteando en la Universidad Complutense de Madrid.

En definitiva, hoy más que nunca, la comunicación al servicio de la ciudadanía, la comunicación para la paz requiere una mirada del conflicto y las máquinas de guerra que trascienda y enmarque en sus justos términos el principio de *free flow information*. Una apuesta sólida, posible y necesaria —sin lugar a dudas— a condición, lógicamente, de acometer primero como exigencia una crítica reconstructiva del espacio público mediatizado que, como decimos, históricamente ha estado condicionada por lo que el sociólogo Boaventura Souza Santos califica como “conocimiento regulador”.

Si observamos, por ejemplo, lo acontecido tras el 11S con un sencillo ejercicio de reflexión intelectual sobre el papel de los medios en la lucha contra el terrorismo, lo primero que llama poderosamente la atención es constatar cómo la historia de la propaganda tiende, por incapacidad

de transformar el sistema de medios, a repetirse. De Suharto a Mobutu, de Pinochet a Fujimori, de Somoza a Duvalier, la exportación USA del terrorismo de Estado vuelve a reeditar viejas fórmulas de guerra psicológica aprendidas y exploradas durante la II guerra mundial. Claro que, en esta ocasión, la justificación de la guerra por razones de seguridad y defensa de la democracia americana tiene lugar en un delicado momento de recesión económica y crisis de hegemonía imperial sólo comparable a los últimos años de la administración Carter. Destaco precisamente este período por las concomitancias que cabe reconocer entre ambos escenarios políticos, marcados por la crisis de liderazgo presidencial, la depresión económica, el auge de los movimientos antiimperialistas y el cuestionamiento del poder e intereses estratégicos de EE.UU en el mundo. Si añadimos además a esta descripción panorámica las fuertes tensiones y cambios socioeconómicos como resultado de las luchas sociales acumuladas en los últimos años, podemos desde luego observar en ambas etapas de inestabilidad interesantes coincidencias históricas.

La primera de ellas nos la proporciona el propio presidente George W. Bush cuando en su esperado discurso a la nación tras los atentados a las torres gemelas reconoció públicamente su admiración por el presidente Reagan, sobre cuyo legado trató de edificar en sucesivos mandatos un proyecto político de liderazgo inspirado en los valores esenciales de la estrategia de “roll-back” del republicanismo más intransigente (Sierra, 1997). La identificación no es, en este sentido, nada casual. La administración del presidente Ronald Reagan es la experiencia más cercana para Bush de reconstrucción de la hegemonía norteamericana como respuesta a la crisis de confianza. Bajo su liderazgo —recordémoslo— llegó al poder George Bush (padre) y, en línea con su proyecto imperial, fue diseñada la guerra de las Galaxias y la campaña de agresiones militares más amplia e intensiva que, en coherencia con la lógica de los halcones, concluiría con la espectacular guerra del golfo Pérsico, luego superada por las llamadas operaciones de paz de Clinton.

Pero aquí no terminan las coincidencias y antecedentes relevantes de la guerra de Afganistán que ahora, paradójicamente el cambio de Obama, identifica también como prioridad, en coincidencia con la política republicana de mayor esplendor de la revolución conservadora. Conviene por ello, para poner en evidencia las bases ideológicas de la “cruzada” contra el terrorismo analizar la estrategia de información y propaganda de la administración Reagan, verdadero artífice de la red de terror que hoy supuestamente amenaza la civilización occidental. Como es sabido, la creación y apoyo a las redes terroristas no es una nueva estrategia en la política estadounidense. Antes bien, constituye un principio de actuación regular en la política exterior de Estados Unidos, recogida desde hace años en documentos doctrinales de Rand Corporation, y, en consecuencia, ha venido siendo impulsada de forma más o menos intensa en respuesta a la emergencia de grupos insurgentes hasta el último lustro con las denominadas operaciones de paz de la administración Clinton. No es pues de extrañar que una de las primeras medidas de la estrategia de desinformación en la guerra de Afganistán del presidente Bush fuera la censura de los papeles de la era Reagan sobre la financiación de Bin Laden, poniendo así fin al periodo de transparencia y divulgación de las actas de ex presidentes que la ley de Información aprobada en 1978 por el Congreso exigía en relación a los documentos oficiales del gobierno. La revelación de los vínculos y financiación encubierta de grupos como Al Qaeda desde la era Reagan no sólo pondría en evidencia las responsabilidades del gobierno de los Estados Unidos en la extensión del terrorismo internacional, sino que además cuestionaría la legitimidad de la “guerra justa” contra Afganistán y la moralidad de las intervenciones imperiales en terceros países. Un aspecto éste vital en la nueva doctrina bélica.

La estrategia Reagan de rearme moral y liderazgo de Estados Unidos en el mundo introdujo un principio propagandístico estratégico en las guerras posmodernas contemporáneas: la justificación del uso de la fuerza por “razones morales” con independencia del derecho y los principios básicos de convivencia de la comunidad internacional. Son memorables, en esta línea, los ataques públicos del secretario de estado, George Schultz, contra las Naciones Unidas y el Tribunal Internacional de Justicia ante las pruebas acusatorias de terrorismo presentadas por el gobierno de Nicaragua. Veinte años después, esta filosofía bélica vuelve a cobrar actualidad. Pero a diferencia de intervenciones como la de Centroamérica, después de la guerra del Golfo, las guerras imperiales dependen de la credibilidad pública y la atribución justa del ejercicio de la fuerza en la esfera pública de los medios. La guerra contra el terrorismo es, en este sentido, un regalo caído del cielo para el complejo militar-industrial del Pentágono. Justifica vastos incrementos en presupuestos y poder. Garantiza una guerra sin concesiones al escrutinio público de la ciudadanía. Refuerza políticamente las acciones encubiertas de baja intensidad. Y moviliza y concentra ideológicamente a la población en la reorganización de la hegemonía de las fuerzas imperiales dentro y fuera del país.

En este empeño, los esfuerzos por controlar la mente y los corazones del pueblo estadounidense y de los países aliados son múltiples y continuados, abarcando desde el control y filtro de las informaciones a las operaciones de inteligencia y guerra psicológica, por no mencionar —como es sabido— el despliegue propagandístico en la industria del cine y la televisión. En tiempos de guerra, decía Winston Churchill, la verdad es tan valiosa que debe ser custodiada por mentiras como guardaespaldas. Y, a ciencia cierta, que hoy por hoy este frente se está activando intensivamente, en proporción al alcance e incidencia de la crisis o turbulencia económica.

Las nefastas consecuencias de esta política deberán ser analizadas con suficiente distancia, pero, como se puede colegir del análisis coyuntural de actualidad, sus efectos están siendo más que devastadores a corto plazo, especialmente en África y Oriente Medio.

No quisiéramos extendernos más de lo debido en nuestro editorial, pero como hemos querido indicar, cabe preguntarse qué papel puede tener la ciudadanía en este despliegue de las máquinas de información y de terror. Cómo podemos recuperar, en fin, la paz y la palabra en este clima bélico de la cultura espectacular auspiciada por las industrias de la conciencia. A la vista de la historia de la propaganda y a tenor de la realidad aquí descrita a modo de preámbulo o diagnóstico del estado de la cuestión, pareciera alternativa imposible. Pero nada tan posible hoy, como la construcción de la comunicación para la paz. Si me permite el lector, y a modo de perversa lectura o palimpsesto, cabría recordar, a modo de lección, las palabras del presidente Madison. Sus advertencias toman hoy un renovado en la actual situación de excepción contra la libertad de prensa y pensamiento:

El conocimiento siempre gobernará la ignorancia. Y un pueblo que quiera ser su propio gobernante debe armarse con el poder que da el conocimiento. Un gobierno popular sin información popular o sin los medios para conseguirla es tan sólo un prólogo a una farsa o una tragedia, o quizás ambas.

Sirvan las siguientes páginas a modo de reescritura épica de la historia.

REFERENCIAS

- BECKER, Jörg (2004). "Contributions by the Media to Crisis Prevention and Conflict Settlement" en *Conflict and Communication Online*, Vol. 3, 1/2.
- . (2005). *Communication and conflict. Studies in International Relations*, New Delhi: Concept Publishing Company.
- CONTRERAS, Fernando & Francisco SIERRA (Eds.) (2004). *Culturas de guerra. Medios de información y violencia simbólica*, Madrid: Cátedra.
- HUICI, Adrián (Coord.) (2004): *Los heraldos de acero. La propaganda de guerra y sus medios*, Sevilla: Comunicación Social Ediciones y Publicaciones.
- NOHRSTEDT, Stig A. & Rune OTTOSEN (Eds.) (2004). *U.S. and the Others. Global Media Images on "The War on Terror"*, Göteborg: NORDICOM.
- MATTELART, A. (1993). *La comunicación-mundo. Historia de las ideas y de las estrategias*, Madrid: Fundesco.
- PENA, Alberto (Coord.) (2004). *Comunicación y guerra en la historia*, Santiago de Compostela: Tórculo Edicións.